

des con tanta sinceridad y humilde llaneza, que aun él mismo no las conocía, teniéndose por el más imperfecto religioso é indigno de vivir en compañía de sus hermanos.

§ VIII.

*Del fin de la vida y santa muerte del Padre Pedro Mendes.*

A este colmo de santidad llegó el Padre Pedro Mendes, al tiempo que Dios le disponía un glorioso fin y una quieta y deseada muerte; tuvo sin duda más que ordinario conocimiento de que se llegaba la hora de su eterno descanso, y así ocho ó diez días antes, estando una noche ayudándole á desnudar un Padre de casa, advirtió que hacía algunas extraordinarias diligencias de devoción, poniéndose al cuello un relicario, y descolgó una imagen de un Crucifijo que tenía á la cabecera, besándole con afectuosa ternura y encomendándose á él con grande amor y confianza. Después le dijo al Padre: «cuando yo me muera, sepa vuestra reverencia que aquella caja que allí está es de una persona seglar;» y finalmente, hizo tales demostraciones, que entendía el Padre que lo asistía que aquella había de ser la última noche más clara que el día para las delicias de su alma.

Llegóse al fin el día de Santa María Magdalena, y habiendo el Padre confesado y comulgado su víspera, y pasado aquel día como los demás, y recogido á acostar la noche de él, yéndose á levantar (como se colige del modo como fué hallado su santo cuerpo) cayó de la cama y se lastimó gravemente el rostro; y estaba ya tan sin fuerzas, que ni las tuvo para dar voces y avisar á algú Padre de los vecinos, y viéndose caído en el suelo, y afligido por no poderse levantar, por lo menos levantó el brazo é hizo con los dedos de la mano izquierda una Cruz, y con esta agonía, desamparo y dolor, dió su bendita alma, sin que persona de casa lo llegase á entender ni á imaginar; hasta que entrando en su aposento lo hallaron en quietud y cerradas las ventanas y en el suelo ya muerto; levantáronle y pusieronle en la cama, y súpose la triste é inopinada nueva que dejó á todos lastimados, y también admirados de ver que el brazo le tenía levantado en alto, formada la Cruz con los dos dedos de la mano; besáronse algunos, movidos, lo uno de la santidad del Padre, lo otro admirados de tan extraordinaria y santa demostración; y aunque se hicieron diligencias por bajarle el brazo y componerle los dedos, nunca se pudo, hasta que se los ataron para ponerle el cáliz en las manos.

De esta misma suerte fué hallado el santo Padre Gonzalo de Tapia, muerto en Sinaloa á manos de bárbaros infieles por la predicación del Evangelio, el cual, habiendo quedado después de muerto levantado el brazo, y hecha con los dedos de la mano la Cruz, jamás pudieron los bárbaros, ministros de su muerte, ni bajársela ni cortársela, como lo intentaron, con una hacha, cuyos golpes quedaron señalados en el santo brazo, triunfante y victorioso con el estandarte de la Cruz. Sucesor fué (como ya dijimos) el Padre Pedro Mendes, de este santo mártir, y devotísimo imitador suyo; pues apenas martirizado el uno entró el otro en su partido con el mismo fervor y espíritu de convertir aquella gentilidad, y con los mismos deseos de perder la vida por su Dios.

No quiso su divina Majestad cumplirle estos deseos de parecerse á su santo antecesor en el martirio, pero quiso igualarle en ocuparle en la misma empresa, y en las circunstancias de la muerte levantando el uno y el otro el trofeo de la santa Cruz, por cuya gloria y dilatación murió aquel y vivió éste, y aunque murió con tanta brevedad y desamparo, bien podemos decir que no murió de repente el que tantos años anduvo desafiando á la muerte, y tantas veces se puso á ser asae-teado y muerto por la gloria de su Dios y salvación de las almas, y por enarbolar el trofeo de la santa Cruz en tantas iglesias como las que dedicó; y aun en los caminos, selvas y montes por donde caminaba; y en los últimos aientos de la vida y después de muerto no parece cesaban en estos deseos; y entre las agonías de la muerte cuidaba de exaltar y levantar la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo, que toda su vida había predicado. Enterróse en nuestra Iglesia de la Casa Profesa con gran sentimiento y lágrimas de los que le conocían, y con no menor aprecio de su santidad, cuyos actos referían con una dulce y tierna memoria. Murió el año de 1643, á los 88 de su edad, 70 de religión y 50 de profesión de cuatro votos, varón de grandes merecimientos, y que nos dejó grande seguridad con sus heroicas virtudes de que goza en el Cielo del premio de sus grandes merecimientos.

CAPITULO XXVI.

VIDA, VIRTUDES

Y DICHOSA MUERTE DEL PADRE DIEGO DÍAZ DE PANGUA.

AÑO 1631.

Razón tenemos para poner aquí consecutivamente, á la vida del venerable Padre Pedro Mendes, la de otro grande sujeto, que aunque murió primero que él, pero por su medio quiso Dios Nuestro Señor traerle á la Compañía y darlo á esta nuestra Provincia de Nueva España; el cual la ilustró con sus letras, y edificó con sus muy religiosos ejemplos de sus grandes talentos y aventajada virtud. Este fué el Padre Diego Díaz de Pangua, cuya entrada en la Compañía fué guiada de la Divina Providencia por consejo y devoción del Padre Pedro Mendes, y del modo que aquí diremos: Nació Diego de Pangua en la villa de San Martín de la Nueva Vizcaya, reino de la Nueva España, hijo de muy honrados padres que lo enviaron á estudiar á la ciudad de México, y para su mayor aprovechamiento en virtud y letras, entró á ser colegial en el Colegio de San Ildefonso que está á cargo de la Compañía; aquí le dió Dios deseos de entrar en ella, aunque para ponerlos en ejecución le detenían dos cosas: La primera, el haber hecho voto de entrar en la religión de San Francisco; y lo otro, la cordedad natural le atajaba para dar parte de estos sus deseos á otro alguno, ni aun al mismo Padre que lo confesaba. Hasta que un día, habiendo comulgado, se determinó de hablar al Padre Pedro Mendes que entonces tenía á su cargo la sala de colegiales donde vivía Diego de

Pangua; el cual, hechas grandes protestas, conjuros de parte de Dios, le dijo que había ocho ó diez meses que deseaba hablarle, y que últimamente no podía resistir á los que entendía ser impulsos de Nuestro Señor. Aquí le preguntó el Padre Mendes si tenía deseos de entrar en la Compañía, á lo cual respondió el mozo turbado: que había muchos meses que Nuestro Señor le apretaba con estos deseos, pero que su cortedad natural le retraía, y que se resolvía á tratar de entrar luego; y fué así, que el día siguiente habló al Padre Provincial Antonio de Mendoza, y le declaró su vocación y deseos, y luego otro día lo recibió como á sujeto de muchas esperanzas; y que en las facultades que había oído de Humanidad y Retórica, y algo de Filosofía, hacía muchas ventajas á sus condiscípulos. Porque en dos años pasó toda la Gramática y Retórica, en que quedó tan consumado que hablaba en latín con más facilidad que la lengua natural española, y en la poesía fué preferido en los primeros lugares en certámenes donde entraron muy antiguos y eminentes poetas; todo lo cual, y su modo de proceder tan virtuoso, facilitó el recibirlo luego al segundo día que pretendió su entrada, y en tiempo, que á muy aventajados sujetos se les entretenía y probaba la vocación por dos y tres años. En lo del voto que había hecho no hubo que reparar por el privilegio que en esta materia tiene la Compañía.

Con la entrada hizo su padre del mozo tan grande sentimiento, que por medio del Sr. D. Luis de Velasco, entonces Virrey de esta Nueva España, de quien se sentía favorecido, pretendió pusiesen á su hijo en libertad; pidiólo así el Virrey al Padre Provincial, el cual se lo envió á decir al noviciado donde ya estaba, pero él hizo grandísima resistencia para no salir de allí, y escribió una carta á su padre con eficacísimas razones, significando y mostrando el gusto y firmeza de su vocación, hizo de ella tres copias: una para la consulta de Provincia, otra para el Virrey, y otra para su padre; y leídas las razones de todas tres partes, juzgaron ser obra y vocación de Dios y no trataron más de inquietarle; y su padre quedó agradecido á Dios y á la Compañía por la merced que habían hecho á su hijo. Procedió en su noviciado con notable ejemplo y fervor que después continuó en el tiempo de sus estudios en que siempre se aventajó grandemente, dando muestras de su grande capacidad y talento en actos literarios y públicos que tuvo con muy buen nombre de la Compañía, y mucha satisfacción de todos los que le oían. Ordenóse de Sacerdote, y antes y después gastó cinco años en leer Gramática y Retórica. Fuera de esto, leyó dos cursos de Artes, y algunos años Teología moral en varias partes con superior magisterio, en que sacó muy aventajados discípulos. Acabado de leer el primer curso de Artes, gastó siete años en las misiones de Parras, que entre indios nuevamente convertidos tenía esta Provincia, donde del todo se dió al provecho y bien de esta nueva cristiandad; y como si nunca hubiera atendido á ocupación de letras se olvidó de ellas, y se ocupaba con mucho amor en enseñar la doctrina cristiana, y A, B, C á los chichimequillos, cuidando de su provecho y limpieza; hizo un colejuelo portátil de muchachos del Seminario que llevaba consigo en las visitas de la misión, para que como más diestros instruyesen á los grandes, asistiendo inmediatamente á la doctrina cristiana y catecismo que había reducido á la lengua Zateca, de que hizo arte y vocabulario. En el edificio de las iglesias

trabajó mucho personalmente, levantándose antes del día y acarreado adobe y piedra para que los oficiales y peones los tuviesen á mano.

Volvió de las misiones llamado de la obediencia, y puesto en México se determinó de retirarse á su aposento, sin salir de casa á visitas aunque fuesen de personas calificadas, y esto con tanto extremo, que algunos que no sabían su determinación y buen propósito lo culpaban, pareciéndoles que quedaba corto con no ir á ver á personas graves que le visitaban, y cuando alguno se lo decía disimulaba con buena gracia: con tener en México hermana y sobrina religiosas, se pasaban dos y tres años que no las veía; y así no es mucho que no conociese las calles de esta ciudad ni hubiese visto los más suntuosos templos que en ella hay. Aconteció cuando se hicieron las fiestas de las canonizaciones de nuestros Padres San Ignacio y San Francisco Javier, que tratándole el Padre Cristóbal Angel, Prepósito que entonces era de esta Casa Profesa, de la procesión que se trazaba, y de las calles por donde había de ir, le respondió: que en cuanto á las calles no se cansase en decírselas porque no las sabía, ni hacia dónde caían, con ser las más cercanas á nuestra Casa Profesa; oyendo esta razón, y la experiencia que tenía de ella, obligó al Padre Prepósito á tomar su manteo y sacar al Padre Pangua, y lo llevó á que viese las calles que le había dicho, y en esto se encerraron todos sus paseos fuera de casa. Pagóle Nuestro Señor este retiro tan voluntario en su larga enfermedad y en su entierro, porque cuando parecía que nadie de los de fuera se había de acordar de él pues á nadie visitaba; no fué así, sino que por medio de diferentes personas, particularmente de una muy limosnera, le proveyó de cuanto hubo menester en cuatro años de enfermedad, hasta de cosas muy menudas que el Padre agradecía á Nuestro Señor en varias ocasiones, ponderando la merced que en esto le había hecho, proveyéndole de quien no se cansase en enfermedad tan larga sin él merecerlo. La principal ocupación que el Padre tuvo en la Casa Profesa por más de doce años, fué la resolución de los casos de conciencia, sin rehusar trabajo ni estudio aun en la fuerza de su enfermedad y cercano á la muerte; y era tan estimado y acertado su parecer en esta parte, que sin él no se tenían por seguros los que le consultaban, los cuales muchas veces eran graves y doctos religiosos de otras religiones y Prelados de Iglesias, y teniendo el parecer del Padre Diego Díaz de Pangua, se aseguraban en todo. Hubo entre dos señores Prelados de este reino unas muy reñidas diferencias, y siempre se aprobaron más las resoluciones del uno de ellos que las guiaba por el parecer del Padre; y llevados á la Real Audiencia por vía de fuerza, salía de ella confirmado el parecer del Padre Pangua, cosa que le causó tan grande estima al que seguía la parte contraria, que cuando le conoció (que fué acaso oyéndole un sermón) le trató con muy estrecha amistad, y le honró en su iglesia con muy principales sermones.

Otra ocasión se ofreció, de gravísima importancia, en que llegaron casi á deponer de su oficio á un Provincial de una muy grave religión, con otras demostraciones que se ofrecieron en la materia: hizo el Padre una gravísima cuestión del caso, después de haber dado sus pareceres los Doctores de esta Universidad y religiones, y resolvió la duda en favor del Provincial, dando su parecer tan docto y acertado, cuanto bien fundado en derechos, y con él revocó el definitorio lo que

primero había hecho, y llevada la causa á su Generalísimo con el parecer del Padre Diego Díaz de Pangua, estimó y encareció tanto su resolución, que escribió haber admirado á todos los letrados, y que por haber visto tan docto y acertado parecer se podía en parte haber deseado la ocasión y pasada, y que se guardaba aquel parecer para resolver otros casos semejantes, y en virtud de él despacharon al Provincial una muy honorífica patente, restituyéndole y confirmandole en su oficio, y de este género hubo otros muchos casos; y por ellos y su buen acierto, el Tribunal de la Santa Cruzada le tuvo por su asesor en la resolución de los casos que se ofrecieron por espacio de doce años. No sólo era acertado en sus pareceres el Padre, sino tan fácil y pfo, que nadie salió desconsolado de su presencia aunque no fuese en su favor el parecer; exhortando con razones discretas y eficaces la guarda de la justicia, favoreciendo siempre en lo que había lugar á los débiles y pobres, y no dejando con su apacible prudencia desabridos á los ricos y poderosos, y no poco ayudaba á esto el desinterés con que procedía, como algunos seglares lo testificaron cuando le vieron difunto; afirmando con lágrimas en los ojos, que si hubiera querido el Padre Diego Díaz de Pangua ser señor de sus haciendas lo hubiera conseguido, y que ofreciéndole algunas limosnas y presentes, jamás pudieron acabar con él por ningún título admitiese un solo maravedí.

Y aunque hablando de las letras, que en materias morales tenía el Padre Pangua, se decía de él que era eminente en los derechos canónico y civil, mas en el Instituto y derecho de nuestra Compañía lo juzgaban por eminentísimo. Exageraba la mucha importancia de cualquiera regla nuestra y la gravedad de todo el Instituto, guardando él todas las reglas muy á la letra; y cuando veía quebrantar alguna de ellas, parece que se consumía de un santo celo. Tuvo notable respeto á los superiores, guardando y apoyando sus órdenes con tan eficaces razones, que parece empleaba cuanto sabía en apoyarlas, y todo eso le nacía del amor grande que tenía á nuestro glorioso Padre San Ignacio y á su Compañía.

Tuvo notable amor y cariño á la santa pobreza, y parecía que se regalaba con ella en las misiones, vistiéndose en lo interior de un mal sayal y andando algunas veces descalzo, porque le aconteció dar el calzado á un pobre, por parecerle que tenía más necesidad que él. Llamóle de las misiones el Padre Visitador Rodrigo de Cabredo, para darle la profesión en el Colegio de Guadiana, y al tiempo de salir á la Iglesia pareció tan roto y pobre, tan quemado y denegrido del sol, que el Doctor Martín de Egurrola, que al presente era Teniente de Gobernador, viéndole en aquella forma, y acordándose de la ocupación y estima que en la ciudad de México se había hecho de él, se enterneció tanto, que no pudo disimular el sentimiento con demostraciones de admiración de lo que veía. Cuando estaba en los Colegios ó en la Casa Profesa, siempre vistió los vestidos desechados de otros, ganando la voluntad al ropero para que se los diese; y sucedió, que habiéndole dado el Ilustrísimo Obispo de los Angeles Don Alonso de la Mota, una sotana de buen paño, habiendo acabado de predicar los sermones de los sábados de Cuaresma, para que le había llamado de México, por ser muy célebres esos sermones en la Puebla, fué menester mandarle por obediencia que se la pusiera, y aunque se la vistió por obediencia se hallaba con ella como corrido y avergonzado: en su aposento de or-

dinario tenía alguna imagen de lienzo prestada de la casa ó sacristía.

La humildad de corazón que resplandecía en este grande varón, se mostraba bien en lo mal que trataba á su persona; pues ni el aplauso de sus pareceres, ni el ser consultado de Obispos, Prelados de religiones y otras personas graves, ni sus grandes talentos le levantaban un punto del vil concepto que de sí tenía, y veíase esto muy bien, en el modo con que hablaba de sus cosas apocándolas y menospreciándolas cuando le daban algunos parabienes de ellas; pocos días antes que muriese llamó á un indizuelo chico que le servía, y le pidió perdón de las pesadumbres que le había dado en su enfermedad y de las veces que le había reñido, y tras esto le mandó poner sobre la cama los pies y allí se los besó, y lo mismo hizo con uno de nuestros hermanos en nombre de toda la casa, acabado de recibir los Santos Sacramentos; y al Padre Provincial pidió le perdonase, como cabeza de la Provincia y casa, sus defectos y faltas.

Acerca de la castidad, es muy grande argumento del amor que le tuvo, lo mal que trató su persona, y el estudio tan particular con que dió de mano á cualquiera género de descanso y regalo, fuera de que parece se encierra cuanto se puede decir en su tan raro recogimiento en el aposento; y cuando acudía á los confesonarios era en caso de necesidad, satisfaciendo lo que en eso podía haber de falta, con tener prevenidos á los porteros que en los días de Jubileo y Semana Santa y otros concursos, le llevasen los negros, mulatos y gente ordinaria, que eran sus ordinarios penitentes y le ocupaban bastantemente. A las cosas de obediencia fué prontísimo, y propuesta su razón cuando le parecía convenir, al punto sin más réplica obedecía, sin que pudiese ni supiese (como algunas veces dijo) volver á hacer instancia de nuevo. Mandóle una vez un superior, que cada día antes de acostarse le diese cuenta de cierta cosa, llaméronle una noche del Palacio del Virrey, y no pudo volver hasta más de media de ella, y cuando llegó lo halló el superior á su puerta esperándole para darle cuenta de lo que le mandaba: efecto fué de esta obediencia lo que le aconteció yendo á las misiones, que habiéndose de quedar con sus compañeros á dormir en el campo (por ser camino muy largo), y faltando el maíz para las bestias, el que iba por su superior le mandó que lo fuese á buscar á un pueblo que le parecía estar cerca, partió luego con un mozo y á poco trecho le anocheció, y con la oscuridad perdieron el camino sin saber dónde estaban, y al fin lo hallaron cerca de un arroyo que venía furioso con grande avenida, y sin saber qué hacerse de repente de la otra parte le llamaron y dijeron: «Padre, quiere pasar? pues eche hacia abajo que allá voy.» Hizolo así, y el que le llamó pasó al puesto señalado y los pasó con facilidad, y los fué guiando hasta una estancia donde le recibieron con muy grande agasajo y le proveyeron de todo lo que hubo menester; el que los había guiado se despidió de ellos sin ser posible detenerle con ser tan tarde y noche tempestuosa; no pareció más, atribuyendo el Padre Pangua al santo Angel de la guarda y á la santa obediencia este favor.

Cuidó algunos años de la Congregación de los seglares que tiene la Casa Profesa, tóvola muy lucida, y lo mismo fué cuando tuvo á su cargo la del Colegio que creció en número de Prebendados, Doctores y personas graves: siete años antes de su muerte le comenzaron á fatigar las enfermedades, y los tres primeros con tener frío y calentura

todos los días, no dejaba los ordinarios ministerios de la casa y de su oficio. Predicaba con mucha continuación, y estudiando incesantemente para la resolución de los casos, sin perdonar trabajo ni admitir regalos ni descanso, sin faltar un solo día de levantarse con la Comunidad, acudir al refectorio con todos, y á las letanías de Comunidad aun en los días que más trabajaba; desde que estuvo en las misiones hasta que le apretaron los achaques, su ordinario dormir era vestido sobre las tablas desnudas. Pasados los tres años primeros le apretaron los achaques, de manera que le rindieron; porque le apretó una melancolía cruel acompañada con dolor de hijada, piedra en la orina, cámaras, continua calentura, deliquios y dolor de estómago, desgana de comer y gota; en los cuales no tuvo un rato de descanso, sino era cuando uno sólo de ellos le apretaba, porque los más de los días le angustiaban todos; y era cosa que admiraba y edificaba verle cuando más apretado más conforme con la divina voluntad, y con tan fervorosos coloquios con Nuestro Señor, que enternecía á los que se hallaban presentes; dando gracias á Dios de que moría en la Compañía, para lo cual se dispuso, y muy bien y muy despacio, y con mucha confianza de que le llevaba Nuestro Señor á su gloria.

Una sierva de Nuestro Señor, y de vida muy ejemplar, le mandó á decir algunos días antes que muriese que fuese muy consolado, porque Nuestro Señor le había conmutado el Purgatorio en lo que había padecido en esta vida, y que de la cama subiría á gozarle; oyendo él esto se puso en medio de sus dolores en una muy fervorosa oración, y entrando un Padre que le acudía, á verle, le halló las manos puestas y los ojos al Cielo, suplicando á Nuestro Señor no le relajase las penas que merecía, y que no quería más de que se hiciese su santísima voluntad, y que su santísimo nombre fuese glorificado. Otra religiosa de vida santa, y á quien había probado y ejercitado Nuestro Señor con más de treinta años de cama y enfermedades, y á quien se comunicaba mucho, le escribió un papel dos días antes de su muerte, en que le dice: «Nuestro Señor que ama á vuestra Pateridad, más que yo puedo amarle, no ha oído mis oraciones y quiere dar á vuestra Pateridad descanso y el premio de sus grandes trabajos, y la gloria de sí mismo que con mucha confianza irá mi Padre á gozar por toda su eternidad; doy á vuestra Pateridad mil parabienes, que yo quedo en el castigo que merezco por mis pecados, quedo apretada de trabajos corporales y espirituales, y pido postrado mi rostro por el suelo á mi Padre, me dé su última bendición.» Todas estas fueron prendas de que Dios llevaba á descansar al Padre Diego Díaz de Pangua, pero mucho más lo aseguraba su vida ejemplar, su rara paciencia y su humildad, el celo de la gloria de Dios, y lo mucho que trabajó en su servicio y bien de las almas y de nuestra Compañía. Tuvo un dón particular de conocer los naturales de los que le comunicaban, y así los encaminaba en la vía de la perfección y espíritu, conforme á su natural inclinación de que hubo ejemplos que se dejan por la brevedad.

Su muerte fué el año de 1631, día de San Marcos Evangelista, habiendo recibido los Santos Sacramentos, de edad de 59 años y 41 de Compañía y 20 de profesión de cuatro votos. Luego que sonó el doble acudió á venerar el cuerpo difunto mucha gente, que besándole pies y manos con mucha ternura, devoción y lágrimas, decía mil elogios del Padre; á su entierro vinieron el Dean, Dignidades y Prebendados de

la Santa Iglesia de México, con la música de ella, dividiendo entre sí el Oficio de la sepultura: porque al tiempo de cargarle le llevaron en hombros desde la capilla de nuestra sacristía hasta entrarle en el entierro dos dignidades, dos canónigos y dos racioneros, mostrando en las lágrimas los sentimientos interiores de la muerte del Padre Diego Díaz de Pangua, honrándole Nuestro Señor aun en esta vida, en premio del retiramiento y recogimiento que guardó en la celda, aunque no dejando de ayudar *in visceribus Jesuchristi*, á todos los que le hubieron menester sin aceptación de personas, y está enterrado en nuestra Casa Profesa.

## CAPITULO XXVII.

DICHOSA SUELTE Y MUERTE DEL PADRE DOCTOR

MELCHOR ARINDEZ DE OÑATE,

QUE SIENDO MAESTRESCUELA DE LA STA. IGLESIA METROPOLITANA  
DE MÉXICO,

FUÉ RECIBIDO EN LA COMPAÑÍA Á LA HORA DE SU MUERTE.

AÑO 1622.

Por remate de las ejemplares vidas y felices muertes de varones ilustres de nuestra Compañía, que están sepultados en nuestra Casa Profesa de México, me pareció digno de escribir aquí el dichoso remate de vida de un varón ilustre en dignidad, autoridad y letras, que viéndose cercano á su muerte, y movido de luz divina, pidió con grandes ansias ser recibido en la Compañía para morir en ella, como murió, con la paz y quietud que en ese trance consiguió su alma. Este personaje fué el Doctor Don Melchor Arindez de Oñate, que habiendo estudiado en la Universidad de Alcalá, y salido excelente teólogo y habiéndose ordenado de Sacerdote, alcanzó en la corte prebenda de capellán en la Capilla Real de Palacio, donde habiendo servido algún tiempo le hizo merced la Majestad del Rey Felipe III, de la Maestrescuela de la Santa Iglesia de México. Aquí, teniendo parientes y deudos muy principales y nobles, quiso recibir en la Universidad real la borla y grado de Doctor en sagrada Teología, y lo consiguió con grande aplauso de todos y demostración que él hizo de sus muy aventajadas letras: á que se añadía un raro talento de púlpito; y así, en el tiempo que todas las comunidades celebraban con extraordinarias fiestas el misterio de la Purísima Concepción de la Virgen, celebrándolo y profesándolo en patio y escuelas públicas la Real Universidad de México, le encargó el sermón, que salió admirable. Y no las desdoraré el decir aquí, que estudiando en Alcalá había sido recibido en la Compañía, en la cual, habiendo vivido pocos años por conveniencias justas, hubo de salir de ella; pero siempre se quedó con tal afecto, amor y estimación de ella, cuanto lo mostró muy en particular al fin y remate de su vida. Porque estando sirviendo y honrando con su dignidad de Maestrescuela la Santa Iglesia de México, amado y estimado

de todos por sus muchas partes, le cogió de repente una grave enfermedad en casa de uno de sus nobles parientes: en esta ocasión envió luego á llamar á un Padre de los nuestros con quien antes había tenido amistad, y se confesó con él generalmente, y con muchas lágrimas y muestras de sentimiento. Y obrando aquí la divina luz y moción del Espíritu Santo, determinó enviar á pedir con su confesor al Padre Provincial le recibiese en la Compañía, para partir consolado á la otra vida. Esta petición hizo con tal afecto del corazón, y tan de veras, que obligó á concedérsela; y que juntamente como él lo quería y pedía hiciese los votos de devoción. Y es de decir aquí su ferviente resolución en esto, porque llegando ya á los últimos trances de la vida, le dijo su confesor: «ya es hora, señor, de hacer los votos, porque llega la última de la vida;» á lo cual él respondió: «no quisiera yo, sino que empezara ahora para cumplirlos y mostrar que los hago, no porque me muero, sino por emplear mi vida en servicio de Dios y restituirle lo que le debo á la Compañía, y si viviere perseveraré en ella hasta mi muerte.» Hizo los votos de religión con tan grande sentimiento de devoción, y coloquios con Nuestro Señor, que movía á lágrimas á los presentes; afirmando que si toda la monarquía del mundo estuviera á su disposición con vida larga para gozarla, todo lo dejara por amor de un Dios que todo eso merecía y asegurar su salvación eterna. Págole Nuestro Señor este su amoroso afecto muy de contado, dándole una muerte llena de quietud y espiritual gozo con que remató su vida santamente. Este suceso fué causa de grande edificación en toda la ciudad y aun en el reino, no hablándose de otra cosa por muchos días.

Fué tan notable la fama que corrió en la ciudad de México de la singular devoción con que moría el Maestrescuela, que muchas personas principales iban á visitarle para edificación propia, y todos salían derramando devotas lágrimas; y hasta un señor inquisidor, D. Juan Gutiérrez Flores, que después fué por Visitador de la Real Cancillería de Lima, y le quiso visitar en este trance, así por la fama que corría, como por ser persona tan principal el enfermo, no pudo contener las lágrimas de ver un remate de vida tan santa. Asistieron los de la Compañía hasta su muerte, y aunque trataron de enterrarle como á uno de ella, con la humildad religiosa acostumbrada, no lo permitieron ni los señores Prebendados de la Catedral, ni sus ilustres parientes en cuya casa había muerto. Y así, aunque su entierro fué en nuestra Iglesia de la Casa Profesa, acudió á él toda la ciudad y Real Universidad, el Ilustrísimo Arzobispo con todo su cabildo, como á Prebendado suyo, haciendo el oficio uno de los capitulares con la capilla de la Catedral, como á persona emparentada con lo mas principal del reino y á quien Dios Nuestro Señor había concedido una tan dichosa muerte. Y demás de lo dicho, el Padre Melchor Aríndez de Oñate, había tenido otro hermano en nuestra Compañía llamado Pedro de Oñate, que fué Provincial en los reinos del Perú y Provincia de Paraguay, y una hermana casada con el Lic. Diego Núñez Morquecho, Presidente de la Real Audiencia de Guadalajara en la Nueva España; pero lo que él más estimó, fué que en la Compañía de Jesús le cogiese una tan dichosa muerte, y por haberlo sido me pareció hacer aquí relación de ella. Murió el año de 1622.

FIN DEL TOMO I.

## ÍNDICE DE LOS LIBROS Y CAPÍTULOS

DE LA HISTORIA RELIGIOSA

DE LA

### PROVINCIA DE LA COMPAÑIA DE JESUS DE NUEVA ESPAÑA

TOMO I.

#### LIBRO PRIMERO.

	Págs.
En que se refiere la venida de la Sagrada Religión de la Compañía de Jesús al Reino de la Nueva España, y sus primeras fundaciones de Colegios.....	1
CAPITULO I.—Describe el Reino de la Nueva España, por otro nombre Reino de México, en las Indias Occidentales.....	1
CAPITULO II.—De los Colegios, Casas y Residencias que al presente tiene la Compañía de Jesús en el Reino de la Nueva España.....	5
CAPITULO III.—Del fin y motivo que tuvo la Compañía de Jesús para venir á fundar á la Nueva España.....	7
CAPITULO IV.—De los medios que previno la Divina Providencia para que la Compañía de Jesús fundase Casas y Colegios en el Reino de la Nueva España.....	10
CAPITULO V.—Suplica el Virrey y Ciudad de México á la Majestad del Rey Felipe II, se sirva mandar y dar orden para que la Compañía de Jesús pase y funde en la Nueva España.....	12
CAPITULO VI.—Pártese el Padre Provincial á ver al Rey, trata con su Majestad de su despacho y llega con sus compañeros á Sevilla.....	15
CAPITULO VII.—Embárcanse los primeros Religiosos de la Compañía que pasaron y la fundaron en la Nueva España, y escríbense sus nombres.....	17
CAPITULO VIII.—Del orden que guardaron en su navegación nuestros Religiosos hasta llegar á la Nueva España, en particular en la Isla de la Gran Canaria.....	19